

ANTONIO GARGALLO GIL

El Psicólogo de Nazaret

*Una magnífica historia de sanación
para alcanzar la paz*



PREFACIO

"El psicólogo de Nazaret" nació en Loyola, un lugar inspirador para mí, aunque confieso que jamás imaginé la trascendencia que llegaría a tener la novela. Al poco de publicarse comenzaron a llegarme opiniones realmente bellas y emotivas. Su lectura resultaba mágica para muchos lectores, hasta el punto de cambiar vidas.

Entre las opiniones recibidas destacaría las de aquellas personas que hundidas en la desesperación barajaban el suicidio como única salida a las tinieblas que les envolvían; sin embargo, momentos previos a ese acto desesperado y sin retorno, cae de forma providencial la novela entre sus manos. ¿Se pueden imaginar mis sentimientos cuando una persona me escribe infinitamente agradecida diciéndome que la novela le salvó la vida? Hombres y mujeres de todas las edades me han escrito por esa causa.

También me impactó el testimonio de una persona que quería asesinar a su madre porque le había abandonado durante su infancia y el odio se había apoderado de ella. Tras la lectura de la novela fue capaz de perdonar a su progenitora y quitarse esa pesada carga que llevaba arrastrando desde su niñez. ¡El perdón ganó la batalla!

Cómo olvidar esa frase que me envió una lectora y que resume de forma magistral lo que el lector puede encontrar en la novela: «Gracias a "El psicólogo de Nazaret" estoy viendo los colores de la vida».

No menos desdeñables han sido los testimonios de aquellas personas que padecían depresión y, tras la lectura, me escribían frases como esta: «Tu libro es maravilloso, ha sido capaz de dormir mi depresión».

La falta de presupuesto, la crisis y la inestabilidad del mercado editorial hicieron que el libro se publicase siempre con pequeñas tiradas, a pesar de estar siempre agotado. En nuestro humilde camino de promoción, una Navidad firmamos en la librería San Pablo de Sevilla, una de las más importantes de la ciudad. Al año siguiente se convirtió en la novela más vendida de dicha librería.

Un trabajo que va dando frutos, porque a mediados del 2019 se publicó en América con la editorial San Pablo y en apenas unos meses la novela se agotó. Casi a la par también se publicó en Italia con la Editorial Mimep Docete.

Ante la demanda y la necesidad de seguir ahondando en la fe, escribí la serie de "El psicólogo de Nazaret". Así, la segunda parte es "La psicóloga de Medjugorje", cuyas críticas son extraordinarias y ya lleva dos milagros realizados, Dios mediante. Y la tercera parte es "El psicólogo de Pietrelcina", una novela que ayudará a muchos matrimonios y que, como sus predecesoras, espero que también transforme muchas vidas. Una serie que recomiendo leer en el orden citado porque sigue una cronología.

1

La brisa marina masajeaba con fuerza el rostro de Cristina, dejando que sus cabellos rubios bailasen arrítmicamente alrededor de unos ojos verdes en los que la tristeza se había aposentado, permitiendo que sus raíces se incrustasen firmemente hasta lo más profundo de su ser. Solo el abrazo que sus finas piernas recibían de unos brazos decaídos, servía de consuelo a un cuerpo completamente apagado y abatido, escrupulosamente delgado por los ayunos involuntarios con que constantemente era castigado. Pero, cuando la falta de apetito es tal, solo la necesidad imperiosa de silenciar un estómago remolón puede actuar como alarma vivificadora.

Así era la vida de Cristina García, una magnífica periodista que con tan solo treinta años había caído en las redes de la apatía, del desánimo y la desesperación. Uno de esos momentos en los que uno, sin saber cómo ni por qué, empieza a ver que su vida carece de sentido y, para

mayor desazón, el único horizonte existente es el del mar, que se aleja de forma serena, aunque segura, por los caminos mágicos que le traza el sol.

El sonido del teléfono celular vibrando en su bolso le sirvió para darse cuenta de que se había quedado dormida sobre la arena de la playa de Benicasim durante más de dos horas, pero era el único lugar donde su mente la respetaba y filtraba parte de los miles de mensajes negativos que constantemente bombardeaban la bóveda del pensamiento.

—Hola... —dijo adormecida.

—¿Dónde estás? Llevo esperándote más de media hora... Si no me querías ver, podrías haberme avisado.

Cristina se puso la mano sobre su frente, se mordió el labio y cerró los ojos en señal de fastidio. Había quedado con su mejor amiga, Marta, para ir de compras y aprovechar la tarde del sábado; sin embargo, su mente estaba tan abatida y centrada en sí misma que empezaba a olvidarse de los demás.

—¡Madre mía, si ya son las cinco y media! —exclamó al mirar el reloj—. Te pido perdón... pero se me ha ido el santo al cielo y no me acordaba que habíamos quedado en encontrarnos. Voy para allá y como recompensa te invito a un chocolate con churros. ¿Te parece?

—¿Tampoco recuerdas que hoy es mi cumpleaños, verdad?

Cristina frunció el cejo y su mano volvió de nuevo al lugar donde brotan las ideas, pero esta vez en forma de puño, para darse repetidos golpes que disipasen su ofuscación.

—Marta, ¿cómo iba a olvidar el día en que llega la primavera? —mintió, no fuera a dañar la única amistad que conservaba—. Te he comprado un regalo que te va a encantar. Llego en quince minutos.

El cuarto de hora se duplicó, ya que Cristina tuvo que pasar por la primera tienda que había en el camino y elegir un sweater negro escotado que ni siquiera pudo envolver en papel regalo. Afortunadamente, la bolsa en la que la vendedora le entregó el sweater era lo suficientemente bonita como para que pasase desapercibido aquel detalle. Lo único que no pasó inadvertido para Marta fue ver a Cristina con ropa deportiva, dado que su amiga era una de las personas más coquetas que conocía.

—Perdona el retraso —sonrió Cristina, entregándole directamente el regalo para no dar opción a una reprimenda que la acabase de hundir, y dándole dos besos sonoros añadió—: ¡Feliz cumpleaños!

Marta conocía a su amiga desde los quince años y, con tan solo mirarla a los ojos, sabía que algo no estaba funcionando en la vida de una de las personas más buenas que había conocido, aunque también se había percatado de que su carácter se estaba agriando con el tiempo.

Debido a su complicada agenda, ya hacía más de un mes que no la veía, tiempo en que las secuelas habían hecho mella en el físico de su amiga, que estaba mucho más delgada y sus pómulos estaban preocupadamente hundidos, dando la impresión de encontrarse ante una persona que se estuviese yendo del mundo.

—¡Gracias, es precioso! —exclamó, confirmando las sospechas de que Cristina estaba metida en una fuerte

crisis. ¡El negro era el color que menos le gustaba! Aunque le bastó una segunda mirada al rostro de Cristina para corroborar que el negro era el color que transmitía su mirada; era como un grito en la noche, silencioso pero amargo.

Entraron las dos en su cafetería predilecta, la única en el pueblo donde no se podía fumar y donde preparaban verdaderas exquisiteces con tal de despertar la adicción del paladar y así asegurarse la clientela.

Las dos mujeres de altura similar, aunque una rubia y otra morena, no pasaron desapercibidas ni para el mozo, ni para los clientes varoniles que las acompañaron fielmente con sus miradas hasta que tomaron asiento en uno de los laterales; no obstante, el protagonismo se lo llevaba Marta, una mujer muy atractiva con una figura portentosa, además de poseer unas facciones tan simétricas que le hacían rozar la perfección, aunque lo que más resaltaba de ella eran aquellos ojos marrones fácilmente distinguibles por su tamaño.

—Hola, buenas tardes, chicas... ¿Qué les puedo ofrecer? —preguntó el mozo una vez que se acomodaron sus clientas.

—Queremos una docena de churros con dos tazas de chocolate —ordenó Cristina, fiel a la promesa que había realizado.

El mozo preparó el pedido con ligereza pero lo sirvió con lentitud, para así poder contemplar a sus dos clientas predilectas que, además, eran las dos mujeres más bellas del local.

Ambas, al unísono, empezaron a mojar los churros en el chocolate, dejando que el silencio se adueñase del momento y ayudase, así, a disimular el aparente clima distendido en el que se encontraban; aunque no lo suficiente maquillado para que Marta percibiese una cierta tensión, fruto de la energía negativa que su amiga emitía, lo que le llevó a intervenir de forma directa y sin rodeos.

– Te noto un poco rara. ¿Te encuentras bien?

La pregunta alivió a Cristina, que no podía seguir fingiendo. Necesitaba hablar de todo lo que le pasaba y Marta era la única persona de confianza con la que podía abrir su corazón. Su madre, que vivía sola en Alicante, no estaba preparada para escuchar los sentimientos de su hija; su padre, por el contrario, permanecía ajeno ante cualquier novedad, dado que ni siquiera tuvo la oportunidad de conocerlo porque, al año de su nacimiento, según narraba su madre, las abandonó.

Cristina alzó su mirada y suspiró antes de intervenir.

– ¿Qué pensarías si te dijese que deseo con todas mis fuerzas morir y cuanto antes mejor?

Marta soltó el churro que estaba a punto de acariciar con sus labios. De repente, el aire dejó de existir y una especie de agonía empezó a recorrer todo su cuerpo. Se había olvidado de respirar ante el shock recibido por unas palabras que se le incrustaron como una lanza en el corazón. ¿Cómo podía desear la muerte una persona que lo tenía todo? La respuesta era clara y contundente: Cristina había caído en una profunda depresión y fruto de eso era su figura anoréxica. En el hospital, donde ella trabajaba como enfermera, estaba cansada de ver cómo la vida ac-

tuaba igual que una montaña rusa, donde las subidas y bajadas del estado anímico eran una constante, aunque muchos tiraban la toalla y quedaban anclados al inicio de la subida, sin ser capaces de avanzar y alzar la mirada. Aquella enfermedad mental estaba causando estragos en la sociedad occidental del siglo XXI, afectando a todo tipo de personas, desde niños a mayores.

—Pensaría que necesitas ayuda urgente— contestó Marta, estirando su mano y tomando la de su amiga que temblaba como un flan gélido.

—Nadie puede devolverme las ganas por vivir — replicó—. Además, ¿qué sentido tiene ver cómo pasan los días y ni siquiera darte cuenta de que la vida gira en torno a ti? Es como estar bajo una plancha a presión que te oprime y te machaca sin posibilidad de escapar de su carga, donde todo lo que te rodea es sufrimiento y angustia. Te aseguro que, por más que intentase poner en palabras la agonía que recorre todo mi ser, serías incapaz de entenderlo.

—Entiendo tus sentimientos porque conozco a muchas personas que tienen los mismos síntomas que tú. Sé que es una situación muy complicada para ti, pero es precisamente en estos momentos oscuros cuando tienes que hacer un esfuerzo por intentar alzar la cabeza y ver la luz.

—Ya no puedo más — Cristina se puso las manos sobre la cara y empezó a llorar.

—Vamos, tranquila, que ya verás como todo volverá a la normalidad.

Marta se levantó y abrazó a su amiga de la forma más tierna que pudo, mostrándole que ahí tenía a una amiga

de verdad con la que podía contar para cualquier cosa; más cuando era consciente de que en momentos de debilidad extrema el ser humano podía adoptar posturas muy radicales y optar por la salida más aparatosa posible: el suicidio.

—Es que... todo me sale mal —decía compungida—. ¿Hasta cuándo tengo que aguantar este calvario?

Marta comprendió que el trauma que le había supuesto la ruptura con Iván, una semana antes de casarse, seguía haciendo estragos en su interior, y eso que ya había pasado un año y medio de tal evento; pero era obvio que el tiempo no había actuado como bálsamo, quizás, por la forma en la que terminaron: Iván le fue infiel en la despedida de solteros, sin pudor alguno y a cara descubierta con el claro objetivo de que aquella infidelidad llegase a oídos de la que iba a convertirse en su futura mujer, y sirviese de pretexto para romper la relación de forma contundente; de tal forma que ya no hubo más palabras entre ambos, ni siquiera una llamada telefónica, ni un adiós, tan solo una carta que rescató del buzón a los tres días de tan desdichado suceso, pero que no se atrevió a abrir, ni tampoco a tirar, por miedo a leer algo que acabase crucificándola, optando por dejarla olvidada en un cajón de su mesita de noche con el fin de leerla algún día y cerrar una herida que todavía seguía abierta y sangrante. Además, si duro fue el golpe de perder a quien iba a convertirse en el hombre con quien compartiría el resto de su vida, mayor fue el mazazo que recibió al enterarse de que había dejado embarazada a la chica que le robó su vida, con quien acabaría casándose meses después, mien-

tras ella se quedaba sola a expensas de ser devorada por la soledad, que tanto detestaba y de la cual no podía huir ni esconderse porque parecía tener unos tentáculos que abarcaban toda su existencia.

— Imagino que debe de ser duro para ti, pero es hora de olvidar — dijo Marta, sabedora de lo que estaba hablando — . Ya verás como pronto conocerás a alguien y te convertirás en la mujer más feliz del mundo.

Cristina sacó un pañuelo descartable de su bolsillo y se sonó, liberando de esa forma un poco de tensión de su cuerpo para trasladarla a su lengua y sacarla en forma de palabras.

— No quiero saber absolutamente nada de hombres — espetó — . Al menos tú tienes a un padre que te quiere y un marido que te respeta. Yo, sin embargo, he sido repudiada incomprensiblemente por mi padre y abandonada por el hombre al que más he querido... ¡por una miserable ramera! — añadió con rabia — . Odio a los hombres y detesto su existencia. ¡Ah, y no te lo pierdas! Para colmo de los colmos, mi jefe, ¡varón! — quiso puntualizar — , me está haciendo la vida imposible.

— ¿Lo ha hecho otra vez? — preguntó Marta, mientras regresaba a su asiento.

— Sí — asintió algo más relajada al tener la oportunidad de desahogarse y expresar sus sentimientos — . Como no tiene otra cosa que hacer, se dedica a pasearse por las mesas como si fuese un dios al que todo el mundo tiene que adorar. ¿Y qué sucede? Que si no le sacas la alfombra roja cuando lo ves y le ignoras, luego toma represalias contra quienes no lo adoran. Ya sabes que yo no soy de

ese tipo de personas que actúan con falsedad e hipocresía con tal de conseguir favoritismos a cambio de...

— Ese tío es el típico jefe cretino que por ocupar un cargo directivo se piensa que es más que los demás, cuando no cabe duda de que es un pobre miserable cuya única satisfacción es que le doren la píldora porque está podrido por dentro — espetó Marta —. Vamos, olvídate de él y no le hagas caso.

— Tal vez no puedas comprenderlo, dado que tú no tienes que aguantar las vejaciones a las que estamos sometidas quienes no babeamos cada vez que su espeluznante figura se entrecruza por nuestros caminos.

— ¿Y por qué no te vas a otro diario?

— Sabes que allí llevo cinco años trabajando y, si me voy, ¿cómo pago la hipoteca del piso? A sabiendas de que el empleo está tan mal que no hay trabajo para nadie. ¡Ojalá me hubiese preparado unas oposiciones para la administración local cuando acabé la carrera! — se lamentó Cristina, consciente de que en la actualidad la política se había convertido en el nuevo jurado de cualquier examen, donde los méritos propios sucumbían ante cualquier ilustre apellido.

Fue entonces cuando un rayo de sol traspasó los cristales de la ventana más próxima a su mesa y depositó sobre esta un brillo especial, dejando un destello de esperanza visible en los labios de Marta.

— ¡Cómo no se me había ocurrido antes! — exclamó con los ojos brillantes de emoción.

— ¿Qué pasa?